

Homilía Mons. García Cuerva en la Misa de Exequias del Cardenal Dri

02/07/2025

En el año 2017, el Papa Francisco me nombró obispo, me generó en su momento mucha angustia, porque yo era, decía, “Un párroco muy feliz, el más feliz del mundo, el cura más feliz del mundo”, y el Padre Luis me decía: “No, vos sos el vice feliz, el más feliz soy yo”. Entonces, hacíamos siempre ese chiste de que él era el cura más feliz del mundo y yo era el vice feliz. Cuando vine a contarle a él, todavía no lo sabía nadie, me acuerdo que me dio un abrazo muy grande, un abrazo que seguramente muchos de nosotros hemos recibido en estos años, un abrazo que a mí me hizo acordar a esta lectura que acabamos de leer recién, el abrazo del Padre Misericordioso, el abrazo que nos daba cada uno de nosotros cuando nos decía Mi Ángel y nos abrazaba y nos besaba. Claramente, el Padre fue un testigo de la misericordia, un testimonio vivo del amor de Dios, de ese abrazo que conmovía.

Una cosa que a mí me impresionó siempre de esta lectura es que el hijo pródigo vuelve pensando todo lo que le va a decir, todo el perdón que le tiene que pedir al Padre y las explicaciones que le tiene que dar por las macanas que hizo. Sin embargo, el Padre cuando lo ve se conmueve. Lo abraza y lo besa, como que no lo deja decir casi nada porque lo importante es que volvió, no lo que hizo.

Y el Padre Luis siempre nos resaltaba lo mismo, lo importante es que volvés, lo importante es que confías en el amor de Dios. No vengas acá a describir tu chiquero, no vengas acá a describir qué hiciste, ya está, ya está, Dios ya lo sabe y lo que quiere es abrazarte. Y entonces Él, con sus brazos, nos abrazaba a todos. Acuerdo también que cuando lo nombraron cardenal, en un tiempo usó su anillo, el anillo de cardenal, un anillo grandote que le mandó el Papa Francisco y entonces no solamente te abrazaba sino que también te acariciaba y te golpeaba la cabeza y un día le dije no lo uses más porque nos vas a lastimar, porque era un anillo muy grandote, pero lo que expresaba Él en ese golpecito en la cabeza, en esa caricia fuerte, era todo el amor que Dios nos tenía.

Creo que hoy experimentamos un poco la orfandad, este año se nos han ido dos papás, el Papa Francisco y para quienes hemos podido compartir tantos años con Luis se nos ha ido también el Padre de la Misericordia. Cuando uno es huérfano toma conciencia que ahora me toca a mí, creo que ahora nos toca a nosotros. El mejor homenaje que le podemos hacer al Padre Luis es ser buena gente, es tratar de no juzgar, de no condenar, de no levantar el dedito acusador y de andar repartiendo por la vida abrazos como los que nos daba Él, abrazos porque tomaba conciencia de que todos éramos frágiles, necesitados de la misericordia de Dios.

Hasta el otro día, me pidió que le diera la absolución, le digo, pero “¿Qué pecado te voy a confesar, si ya no tenés pecado?”. Y entonces me dijo: “Pero es que quiero, yo también el abrazo que alguna vez dí”, porque ya no tenía casi fuerza.

Bueno, ahora nos toca a nosotros entonces, demos esos abrazos, seamos capaces de ser buenos, de no juzgar, de no andar metiéndonos en la vida de los demás. Siempre nos

insistió a todos que nos cuidemos con la lengua, esa arma poderosa que tenemos entre los dientes, con las que a veces nos lastimamos tanto.

Querido Luis, nos comprometemos a tratar de ser misericordiosos como nos pidió Jesús, como vos siempre nos enseñaste. Gracias por testimoniar el amor de Dios, gracias porque de acá nos íbamos siempre muy contentos, abrazados por vos y abrazados por Jesús, y bajo la protección de nuestra madre de Pompeya.

Y como recordé ayer, a él le gustaban mucho los girasoles. En la ventana de su cuarto tenía una maceta con girasoles. Y una vez leímos juntos que los girasoles en los días nublados se miran uno al otro, se buscan como para cargarse energía. Decía ayer que muchos de nosotros aquí llegamos a veces muy nublados, llegamos sin luz, llegamos tristes. Y lo buscábamos a él para mirándolo al Padre Luis en sus ojos claros, volver a cargarnos de energía, como si fuésemos aquellos girasoles. Y nos íbamos con mucho sol, con mucha luz, porque nos íbamos con el amor de Dios. Como el día que te nombraron Cardenas Luis, hoy también tengo los girasoles.

Y por lo menos uno, ya hablé con la gente de la cochería, quiero que te los lleves con vos, para que sigamos mirándonos todos con vos, para que te recordemos, y en aquellos días nublados, mirando tus ojos, recordando tus ojos, volvamos a cargar energía y descubrir que Dios nos ama con locura, que Dios nos quiere mucho y nos perdona siempre. Gracias por tu vida.